



PABLO ANTONIO CUADRA
OBRA POETICA COMPLETA

CUADERNO DEL SUR

CANTO
TEMPORAL

LIBRO
DE
HORAS





Pablo Antonio Cuadra, por Amighetti



PABLO ANTONIO CUADRA
OBRA POETICA COMPLETA



Serie Literaria

PABLO ANTONIO CUADRA
Obra poética completa

Vol.		TITULOS DE LIBROS
I.	1	CANCIONES DE PAJARO Y SEÑORA
	2	POEMAS NICARAGUENSES
II.	3	CUADERNO DEL SUR
	4	CANTO TEMPORAL
	5	LIBRO DE HORAS
III.	6	POEMAS CON UN CREPUSCULO A CUESTAS
	7	EPIGRAMAS
	8	EL JAGUAR Y LA LUNA
IV.	9	CANTOS DE CIFAR
V.	10	ESOS ROSTROS QUE ASOMAN EN LA MULTITUD
	11	HOMENAJES
VI.	12	SIETE ARBOLES CONTRA EL ATARDECER
	13	EL INDIO Y EL VIOLIN
VII.	14	TUN – LA RONDA DEL AÑO – (POEMAS PARA UN CALENDARIO)
VIII.	15	TEATRO Y CUENTOS



PABLO ANTONIO CUADRA
OBRA POETICA COMPLETA

CUADERNO DEL SUR

CANTO TEMPORAL

LIBRO DE HORAS

San José, Costa Rica 1984



861.6

C961-o

Cuadra, Pablo Antonio, 1912

Obra completa / Pablo Antonio Cuadra

-- San José : Asociación Libro Libre, Litografía e Imprenta Trejos, 1984.

v. 2.

ISBN 9977-901-03-1

Contenido: Cuaderno del sur. -- Canto temporal. -- Libro de horas.

1. Poesía nicaragüense. I. Título.



Libro Libre

Apartado 391 San Pedro de Montes de Oca.

San José, Costa Rica

Hecho el depósito Legal.



INDICE DE VOLUMEN II

Cuaderno del Sur

<i>Nota Editorial</i>	13
Profecía	15
Mástiles	16
A Colombia	17
Nocturno e invocación de Lima	18
Puerta de la luna (Tiahuanaco)	20
Nubes Andinas	21
Inauguración de los Andes por Dios	23
Bolivia: La prometida del mar	25
Trasandino	26
Elogio al vino de Mendoza	27
Creación de la Mujer en la Pampa	29
Descubrimiento de Buenos Aires	31

Canto Temporal

<i>Nota Editorial</i>	37
<i>Dedicatoria</i>	38
I	40
II	42
III	44



IV	46
V	49
VI	50
VII	54
VIII	55
IX	56

Libro de Horas

<i>Nota Editorial</i>	63
Himno de horas a los ojos de Nuestra Señora	65
<i>ALBA</i>	
Antífona del soñador	76
Coral de los poetas del alba	77
Himno Nacional	79
<i>MAÑANA</i>	
Antífona matinal	86
Coro matinal de los labradores	87
Invitación a los vagabundos	88
<i>TARDE</i>	
Canto coral de los instrumentos de la pasión	96
Cristo en la tarde	100
<i>NOCHE</i>	
Primer Nocturno: La lucha con el ángel	106
El árbol de la noche	108
Exorcismo de las sombras	109
Segundo Nocturno: La huida a Egipto	111
El cirio	113
Nocturno sobre el tálamo	115
Salmo de la noche oscura	117
La noche o el Apocalipsis	120

CUADERNO DEL SUR

—Poemas Viajeros—

1935

Cuaderno del Sur es fruto del primer viaje del poeta por Suramérica y fue escrito en los años 1934-1935. Este cuaderno de poemas viajeros no vió nunca forma de libro, y salvo dos o tres poemas publicados en revistas suramericanas, permaneció inédito en su conjunto hasta que lo publicó la *Revista del Pensamiento Centroamericano* de Managua, en su número 177 de Octubre-Diciembre de 1982, número que fue dedicado enteramente al poeta en homenaje a sus setenta años.



*¿A dónde irá a atardecer
este temprano cantar?
¡Dulce cantar de sirena
tiene el marino en su pena:
una mitad de mujer,
otra mitad de la mar.*



PROFECIA

Un día vendrá un marino
gravitando sobre los mares
con la rosa de los vientos
dando vuelta entre sus manos.

Un día vendrá un marino
sobre las aguas del lago
con sal de la mar Caribe
y olas del Mediterráneo.

Nadie lo verá venir
inclinado sobre la nave.
Entre riberas calladas
un día vendrá un marino.

Solo tú, pájaro alerta
y tú, puerto cansado
darán la voz a los campos
y a las torres erguidas.

Viene —dirán— sobre el Lago,
viene otra vez un marino
con sal de la mar Caribe
y olas del Mediterráneo.



MASTILES

Mástiles, barcos indeclinables,
todos sumados (los de antaño
de silencioso velamen
y los de hoy con sus atormentados
émbolos y hélices) apenas
llenan esta soledad inmensa
de historia. ¡Barcos!
lentas agujas del telar
infinito. Trazos
apenas iniciales de un mundo
cruel y nuevo. ¡Tejed,
mástiles, el tapiz azul
de patrias mocedades y marinas!
oh! Yo amo
estos altos
y solitarios
árboles
y corto
aún verdes
sus rutas
olorosas a delfín y a gaviota.

(Panamá).



A COLOMBIA

Yo soy capaz de hacer un poema para Colombia.
Un poema para Colombia se hace
colocando al pie de una impasible cordillera
un inmenso río que llora
como una Magdalena.



NOCTURNO E INVOCACION DE LIMA

Candelabros barrocos alumbran Lima.

Policías con capas rojas flotan custodiando el Virreinato
Y van mis ojos de balcón a balcón como los jazmines que cantan sus
[serenatas de perfumes para las últimas Perricholas.
Yo tengo obsesión por una espada pero tengo miedo de usarla.
Me entusiasman los aventureros y aquí reposa un quijote desalmado
sobre cuyos huesos cayeron las inmensas piedras perfectas del Imperio
[de los Incas.

Con los huesos de Pizarro
altas señoras hicieron cómodas butacas
para balancear sus ocios en los años bisiestos.
Con los huesos de Pizarro
altos políticos labraron sus bastones de mando
y generales de plata maciza fabricaron cuarteles.
Con los huesos de Pizarro le dieron palo al indio
y palo al español. Yo enciendo el candelabro
en la oscura capilla de la Basílica Metropolitana
para mirar la osamenta
de esta ciudad hermosa y persistente,
huesos de Lima gimiendo debajo de dos imperios derribados,
huesos de Pizarro en una urna inmóvil
llevada sobre los hombros —siglo tras siglo—
en una lenta procesión burocrática y enlutada.

Oh, si la peluca virreinal dejara pensar a los amanpenses
y no fuera tan jurídica la escritura de esta historia podrida

yo invocaría estos huesos arrepentidos barnizados por el odio
y llamaría a los huesos del Inca recubiertos por láminas de oro:
¡Hagamos un hombre nuevo, huesos inalterados,
venerables restos de América:
¡Hagamos la aventura!



PUERTA DE LA LUNA

(Tiahuanaco)

¡Alturas de los Andes!
Estoy aquí y puedo decir
que el mundo está a mis pies.
Aquí dominas. Aquí el hombre
es Rey.
Pero el rey baja la cabeza
para no golpearse contra el cielo.

NUBES ANDINAS

Nubes

países
arreados como
blancas Siberias
refulgentes Etiopías
cárdenas Palestinas de Occidente
Por oficio
habitaba vuestros efímeros
exilios
y siempre
el viento
silvaba
al tropel
siempre el viento transformaba
vuestros mapas
rápidas erosiones
allanaban la música blanca de la nieve
o ríos celestes
se precipitaron arrastrados de sus cabellos
por los ángeles

Nubes

bueyes altísimos
guiados por un San Isidro en algodones
Ovejas
de Diciembre
Llamas
de plata incaica
Oscuros cabros
trepados en los farallones



de los aguaceros
¡oh rebaños!

Nubes

Dialectos

Idiomas que nacieron con el maíz y la alpaca

Palabras emanadas por la quena

Verbos

agrarios —Signos de nieve—

Voces quíchuas — chibchas — nazcas

escritas en los aires

Poemas anteriores

Papeles ¡oh nubes! lenguas

muertas de América

¡Volved a mi canto!

INAUGURACION DE LOS ANDES POR DIOS

Una lágrima de cocodrilo puede ser el comienzo del Nilo.
En mi tierra un diocesillo llamado Cocijo
allí donde orina hace nacer un río.

Un copo de nieve —como una cana al aire— del Chimborazo
puede haber caído de las sienes de Dios

que mueve
sus manos bíblicas de alfarero y pule las cumbres.

El indio invoca a Wirakocha
y un viejo cura de aldea cree sorprender la gran figura
que se paseaba en el jardín al fresco de la brisa.
Pero dice la voz: HAGASE LA NIEVE.

Yo creí que la nieve era el cementerio de los ángeles
más ahora sé que el hielo y el fuego
son palabras

En el diccionario de Dios
el agua es otra palabra
y el viento es como decir Amor

y gime.
Esta cordillera es una oración de Dios cuya sintaxis
solo fue conocida por los misteriosos aymaras
Se paseaba Dios en aquellos días desde las cimas del Hualcalá a la
[Tierra del Fuego

y hablaba con su Hijo sobre la importancia de la tierra.
“Ser hombre es cosa seria”, dijo el Señor; es difícil
levantar una cordillera que impresione el corazón de un héroe.
Hagamos los Andes para que puedan producirse
hombres como Tupac Amaru y Simón Bolívar.



Estas medidas, estas distancias producirán sueños tan altos como el
[vuelo de un Cóndor.

En esta tierra
es posible que algún día el hombre dialogue conmigo.
Quiero un lugar difícil como la poesía;
quiero, dijo Dios, hablando cosas,
haciendo —con palabras— cosas:

Volcanes
Desfiladeros
Nubes
Vientos alineados como ejércitos
Ecuadores

y los ángeles iban detrás escribiendo con sus plumas la creación de los
[Andes.

BOLIVIA: LA PROMETIDA DEL MAR

Una muchacha aymara baja llorando en un caballito de totora
viene de la nieve y me pregunta ¿dónde queda el mar?
Los ojos asombrados de su vicuña nunca han visto un barco sobre
[aguas azules
las húmedas narices de su llama nunca han olfateado la sal de las olas
[blancas,

y la muchacha tiene años de vagar por una pampa gris
buscando en las vetas del estaño los caminos del mar.

(Solo los ingleses y las indias bolivianas usan el sombrero hongo:
las indias bolivianas porque nunca han visto el mar;
los ingleses para recuperar la flema que perdieron en el mar).
Desde la Puerta del Sol del Tiahuanaco
un pueblo antiguo hace señas a los marineros.

Desde las nieves
de la meseta las manos de Bolivia agitan banderas de alpaca
banderas de plumas de cóndor con signos desesperados
y el cielo sin nubes eternamente gris guarda un silencio árido.
¡Dadle, americanos, a Bolivia, una playa de azules inocentes donde
[mojar sus pies!
¡Lavadle, americanos, los pies fatigados que bajan de los Andes
los pies pequeños y helados de estos reyes mendigos
encarcelados en un crepúsculo a 12 mil pies sobre el nivel de la libertad.



TRASANDINO

Trepando en tren
la cordillera
—de Santiago a Buenos Aires—
miré desde la veloz ventanilla
una muchacha bailando en un parral
bajo de un sol brillante tamizado por las hojas negras de la vid
y durante un breve inolvidable minuto
los delirantes ritmos de las ruedas del trasandino
fueron la música de su danza.
Luego, una curva, la hizo pequeña de pronto
como una estrella
y brilló en mi ojo
instantánea y pequeña para siempre.

¡Oh Dios! ¡No toque el olvido
este breve parral que guardo en mi retina!
Esa muchacha habla mi lengua
Esa muchacha tiene en sus huesos
la misma música que anima los míos
y siempre es posible ¡ay! siempre es posible
una mañana futura, una parra en la falda de una cordillera
y una muchacha que danza y hace habitable el mundo!

ELOGIO AL VINO DE MENDOZA

El Aconcagua, gigantesco Noé “desnudo y calvo”
Cultivó estos viñedos y se embriagó con sus hijas
Manos pudorosas cubren su sexo
con sábanas de nieve
y enormes aves de tierra y aire
—avestruces y cóndores—
se espantan inventando cantos
de una Biblia geológica.

Aquí Pedro del Castillo fundó Mendoza en 1561
y Juan Jufré fundó otra vez Mendoza en 1562
y la ciudad es una sola pero se ven dos ciudades
cuando el viajero bebe el vino de sus viñedos.

Si el vino de Mendoza se derrama en la cordillera
furiosos terremotos hacen caer las ciudades.
Si el vino de Mendoza se derrama en sus ríos
irrefrenables crecientes inundan las tierras de la pampa.

Aquí los hombres del Ejército de los Andes
bebieron las pujantes sustancias de este vino
y el aliento de cada soldado se endureció en espada
y las espadas fundaron la libertad en el Cerro de la Gloria.

Aquí perdieron la cabeza los oficiosos y honrados cronistas
y describieron hombres con colas de pájaros
y mujeres alucinantes con patas de avestruces.



Aquí Carlos Darwin vio una manga de langostas que cubría el cielo
y hacía un ruido como de carros y caballos que corrían al combate.
Aquí Julio Verne llevó de su mano a los sobrinos del Capitán Grant
porque la aventura pasa por este paso
de la América embriagada por la altura
a la América embriagada de horizonte.

Viajero: Si quieres conocer a América
si quieres tocar con tu mano la musculatura
de este continente gigante
o besar su frente andina
o conocer el plexo solar de sus llanuras:
cruza esta comarca bajo la tutela de los cóndores
y bebe este vino que es su sangre
—aurora incandescente—
de la nueva creación del mundo.

CREACION DE LA MUJER EN LA PAMPA

Atravesando la pampa te llenas de literatura.

Oyes, a los toques de la oración, los esfuerzos de don Estanislao
por contar a lo gaucho los ardides de Mefistófeles;

Cruzan en décimas y al compás de la vigüela
las aventuras de Fierro con su puñal malévolo;

Miras partir como quien se desangra
la sombra sentenciosa de Don Segundo;

Y al mismo Rubén contemplas acompañando
en rígido traje de etiqueta a los Centauros.

Atravesando la pampa
no des puerta al tropel letrado de la memoria.

Deja solo al viento
en esta llanura planetaria.

Llama a un pájaro
y acepta, si acaso, el inevitable
murmullo de las hierbas de Enero.

Atravesando la pampa
tú puedes decir:

Soy el primer hombre sobre la tierra
y mirar inutilmente la infinita distancia
sometida al silencio de la luna.

Atravesando la pampa
no han nacido todavía los árboles
y en el vientre de tu sueño
tu corazón todavía recibe la sangre del corazón de la noche.



Atravesando la pampa
buscas en la distancia la primera
desconocida palabra
y oyes a Dios paseando en el borde del alba
decir con su voz antigua mientras palpa tu costado:
“NO ES BUENO QUE EL HOMBRE ESTE SOLO”.

DESCUBRIMIENTO DE BUENOS AIRES

A ojo de pájaro Buenos Aires es una estrella caída.
Una inmensa estrella blanca que tropezó con el alba.

Buenos Aires en la noche toca el piano de cola del río
y es una ciudad de negro que canta un tango.

(El General San Martín me presta su espada
para abrir las hojas de esta historia de emigrantes).

Con aire de albañiles adoloridos
poetas de gris escriben casas tras de casas
y sus rebaños de piedra avanzan a los pastos de la Pampa.

(Yo recorro durante muchos años la Calle Corrientes
preguntando por el Estrecho de Magallanes).

En la calle Florida
toda Europa me da la mano
y en ella he conocido las mujeres de la Biblia
y de Checoslovaquia.

Ahora resulta que yo he soñado con Buenos Aires
y no sé cual ciudad es la verdadera.
Ignoro
si este es el Sur donde Rubén hablaba de Mitre.
En la Avenida de Mayo el Sur está lleno de mujeres
y solo en noviembre, en mi patria, tantos ojos fugaces
cruzan el hemisferio celeste.



(Atiéndeme, muchacha! Soy forastero.
Unos versos de Borges y de Molinari
me han extraviado).

Pensé que Buenos Aires era una diosa nocturna de caderas italianas
arrecostada en la ventana rota de la Cruz del Sur.
Pensé que podía entenderme contigo
lejana criolla de la milonga
pero todos los argentinos están ahora tristes
consumiendo en pequeñas tasas un tango entre dientes.

(Recuerdo una joven porteña —Isolina—, era delgada
como las muchachas que soñó Keats; recuerdo
su barbilla pecosa, imperativa, y su voz filosófica.
Hubiera
logrado conocer a Buenos Aires, me hubiera
amado Buenos Aires a través de sus ojos,
si acepto su reto de hablar sobre Emanuel Kant).

Ahora desvalido, evoco
su candorosa pedantería. Amo
a Gardel. Bajo el puerto
detrás de sus últimos lamentos.
Pronuncio la “ll” con una intensidad
desesperada y mortal.

¡Buenos Aires!
¡Ciudad voluntariamente aburrida,
fervorosa ciudad de la melancolía!
¡Madona de los siete barrios
coronada de palomas
oigo tu bandoneón



y veo en la tarde a los últimos pájaros emigrantes
empollando sus huevos
en los tejados negros.

Si yo pudiera morir fuera de mi patria
moriría en Buenos Aires.

CANTO TEMPORAL

1943

Canto Temporal se publicó en Granada Nicaragua en 1943 en las ediciones de los *Cuadernos del Taller San Lucas*, con un retrato a pluma realizado por Amighetti y con ilustraciones de Rafael Mejía Martí (Ramem).

El autor corrigió el poema para su nueva publicación en la antología “Poesía”, publicada en España en 1964. La primera versión contaba de 510 versos divididos en tres partes. La segunda —que es la que se reproduce— ha sido reducida a 460 versos y dividida en nueve cantos.

“*Canto Temporal* —ha confesado el poeta a Gloria Guardia—(1), es biografía sangrante”. Es el “producto del impacto de la Guerra Mundial II”. El poeta ante la destrucción de un mundo, o más bien ante el descubrimiento de su iniquidad, y el reencuentro de Cristo.

(1) Guardia de Alfaro, Gloria: *Estudio sobre el pensamiento poético de Pablo Antonio Cuadra*, Madrid, Editorial Gredos (1971), 256 p.

A Ernesto Mejía Sánchez



*“Todo es vuestro:
lo mismo Pablo, que Apolo, que Cefas,
el mundo, la vida, la muerte,
lo presente, lo futuro.
Todo es vuestro,
mas vosotros sois de Cristo
y Cristo es de Dios”*

(Pablo, I Cor.)



I

Esa blanca mujer desnuda en la alta noche,
su pudor —Ernesto— cuando corre como Susana
y busca la nube cenicienta agitada como un leve velo;
el ángel silencioso que va de estrella a estrella
como cruzando un extraño río azul intenso.
Y el viento amigo, el sucesor de los suspiros,
el elemento doloroso donde gimen los perfumes. . .
¿Podría, acaso, desprenderme del misterio que me habita,
desconocer ese contacto de los éxtasis silentes
con la rosa del mundo? Universo le llaman. . .

Yo asistí cuando niño al nacimiento del canto:
tal vez una llanura,
un recodo verde-alegre con árboles moviéndose,
quizá un sentimiento original, quemante,
una mirada lenta como líquido amor que me llegaba;
¡yo no sé si recuerdo! Lo llevaban despierto
y quizá desde entonces comencé a equivocarme.

Solía florecer en risueñas golondrinas
hasta ocupar mis labios en nidos, ya sonrientes,
No fue de la inocencia. El canto me lo daba.
(¡No volverá jamás en claridad la vida!)
Y aquella transparente intensidad del cielo
—como el juego del alba en el rizo del río—
¡decidme si regresa!. . . Entonces, ¡ay!, entonces
las doncellas tenían como la vid su jugo,
la mañana su tiempo y su temblor cristal.

Me llenaba los ojos de lumbres pasajeras
y un ángel de paloma, evitando la noche,
congregaba en mi frente zenzontles y jazmines.
Sin embargo, Ernesto, la fecha se ha perdido.
Un día —no sé cómo— mi sangre palpitando
en el reloj prendida enumeró la pena.
¡Y salí del Paraíso!

Penetraba en el mundo por un siglo caído:
estaban como tormenta, como noche cuarteada
filtrándose las edades en hendiduras grises
y algunos me decían: ¡Esto es! ¡Esto es!
¡Gusanos aclimatados a la zozobra de las sombras,
empecinados habitantes de la cloaca
se encargaban de pesar los corazones!
Yo estuve en la balanza. Mi corazón no es de oro;
era albergue de cosas apenas sostenidas,
un amor como aire para recorrer las rosas,
un dolor como vuelo para agitar el llanto.
¡Me encontraron desierto!

Tú sabes que en la usual distribución del alimento
existen los que gimen por el sabor del pan;
los que tienen su llaga sin lástima que alivie,
los que dejan pedazos de nombre en su camino
cuya sangre es harapo y llanto para olvido,
los que llevan migratorios polvorientos ojos,
los que tienen de ausencias y músicas el alma:
allí me colocaron. Entre ellos, ¡oh, poeta!
entre ellos, ya soñando, como barridos, vamos!



II

Tiempos de luna como opaca intimidad de lirio
bastaban al amante para la anunciación de la ternura.
Las pálidas arenas de largas playas nocturnas
bastaban al amante.
Los silencios descalzos de la voz rezada en el oído
bastaban al amante.
El viento lastimado que resbala en la mejilla ya en aliento
bastaban al amante.
La estrella, ¡ay!, la estrella que en el agua del ojo como en el mar
[naufraga
bastaban al amante.
Entonces dulcemente en el umbral de la fatiga se recostaba el mundo
y al nivel de las cosas el corazón reinaba.
Este fue mi lunario de la primer entrega.
(Era cuando las palabras,
cuando al atardecer todavía se congregan rebaños de mariposas
[chispeantes
y estamos irresolutos si escogemos la roja vespéral o la negra nocturna.)
Era antes de la ceniza. Cuando la pulpa salobre
de la fruta en rotación, inmensa y magullada
no había sido apretada por la mandíbula hambrienta.
Cuando el abrazo no es tan fuerte que la doncella se arrepienta
y queda una capa de polvo de niño sobre el vello reciente del varón,
porque no ha soplado del Sur el árido viento de Calibán.
Mucho antes de este hombre.
Mucho antes —Ernesto— de que mi poema perdiera sus zapatos
y tuviera estos pies horadados del viejo lastimoso rey sin ojos.

Porque entonces comencé a sospechar que debajo del amor



aquello que sentía en mis plantas como tropezando,
aquel desgaste y aquella lenta hendidura
me detenían. Era la primera estación del desasosiego.
Había algo más. Algo más. Algo más.
La naranja que deponemos porque existe la estrella.
La estrella que destronamos para volver a la manzana.
La manzana que mordemos en compañía, a la puerta de las cosas
[originales,
soñando esa Ciencia y soñando somos candorosos, ilimitados y
[famélicos
y todo es poco o nada para la ceniza que transportamos.



III

Yo quise un orden como columna gigante
—plenitud de la forma concertando la desquiciada torturante vida—,
una elevada espaciosa arquitectura de la labor y la razón,
de la actividad y sus derivados sentimientos,
del hombre como habitante, generador de sucesiones.
No siempre la urbanidad carece de poesía:
una ciudad y una suma de ciudades moviéndose como la coordinada
[ley de las órbitas,
un oficio y un cuerpo de oficios con la vinculación de un vasto coral
[vespertino,
el yunque sonando como una estrofa de romance que la esposa
[también canta,
el rey natural que lleva en la mano una vara de distribución atemperada
[y paternal,
las consideraciones sumamente útiles de los burgueses y artesanos,
reunidos para el precio, para la venta y el ornato.
Los clérigos y las campanas esparciendo sobre el vecindario
una reposada bendiciente alegoría de ángeles custodios.
Todo esto y un poco más:
unos hombres dignos que tú mirarás bajo las arcadas
y a la luz irisada de la espaciosa tarde
sus plateadas sienes y el gesto discreto de la mano
ordenando las externas pulcritudes,
mientras nosotros como los sonrientes jóvenes de Grecia,
un poco más íntimos y desapegados por nuestra fe de crucifixión,
derramábamos las celestes inquietudes
y el revuelo de las únicas anhelantes escapatorias.
Queríamos la antigua satisfacción del equilibrio
—ese agudo fiel que sostiene al águila y al mirlo—.

Queríamos la comunidad de las nobles historias;
el imperial quehacer en reunidas universales certidumbres.
¿No es acaso poesía y majestad su arquitectura?
¿Quién desecha la esfera y arroja de la mano
el fruto en redondez del mundo ya cumplido?
¡Ah! ¡Cómo queríamos abarcar con un brazo de mar
las islas que otros navegantes han poseído
y el intacto misterioso archipiélago de las inefables latitudes
donde zarparon hace tiempo las velas indeclinables!
¡Qué misterio de angustia cuando se encuentra el límite!
¡Qué dolor no poseer la tierra y apenas considerarla
desde el ojo, desde la mano, desde el desconsolado laberinto del oído
como si no fuera profunda y sumergible,
como si no supiéramos que nos está llamando y que estamos clavados,
limitados por los altos muros y una estrella arriba tapando!



IV

¿No has sentido tú esos golpes secretos,
desconocidas sombras que llegan al profundo hospedaje?
Yo sé que se han citado en mi perfil sus huellas:
rostros sobre rostros, linajes desembocando
que se adhieren a mis actos con sus actos antiguos.
Asamblea es el pecho y me quedan sus sombras
como forjando un hombre que encuentro y no recuerdo.
¡No siempre soy yo mismo!
Me acusa esa palabra precipitada al labio
que se pronuncia ajena y sorprendida.
Yo conozco esa mano que esculpe mis facciones
y he sentido esa extraña resurrección de muertos,
y las voces en suspiro por el pasado ardiendo,
y el dolor de las cosas ya cumplidas
en su ausente presencia transformadas!
¡No conocí prisión jamás, ni muro espeso
—sucursal de la muerte— como el tiempo!
Imagínate las rondas de juglares
que me llamaron siempre desde el cantar de amor,
las espadas que tengo entre el sarro y la nostalgia,
mi amistad con el monje, el rey y el guerrero,
la romería inédita y la gesta irrealizada;
imagina mis ángeles en reducido vuelo
girando en la mayúscula de mi libro de horas.
Más allá si romano,
si fluvial y gitano en las églogas del Nilo,
si judío de salmos, lamentos y profetas,
si helénico entre fábulas y frisos y laureles. . .
¡Universal quisiera desatarme esta fecha

que me fija suspenso en obstinado péndulo!

Pudiera —yo pensaba— proclamar el poema,
salirme en un silencio como de sueño y canto.
¡Oh coronas de jilgueros, oh flores pajareras!:
Poesía para el rapto del alma en la ventana,
para la cita con la palabra,
para la amistad,
para el clavel.

¿Habrá sabor más ángel y tacto sideral,
hundimiento al misterio y natación del goce
como esa subitánea revelación del nombre
y el beso de su esencia
y el volumen que ocupa entre palabra y nada?
Cada cosa se esfuerza por desdoblar su signo
—como la luna esconde su incógnita mitad—
y espera en su truncada sustancia de misterio
que el poeta desgarre su enigma y lo pronuncie.
¡Entonces como luz! ¡Como del alba suena!
Como quiebra de albores sus límites desnuda
y hay un mundo feliz en su presencia!
El verso es este anhelo de un verso no cumplido,
el verso es el tormento de anunciar el deleite,
la expresión de una sed que se bebe el olvido,
la ley de la palabra que en su piedra desciende!

Mirad, espectadores; mirad, sepultureros,
vosotros los ilesos saludables vivientes,
los quietos y sabrosos analfabetos del ansia,
cómo acecha en la sombra la garra del Arcángel
imponiendo su herida sobre el dorso del canto.



Si vieran cómo vemos la invitación del aire
y sintieran el peso de los pasos en los pies,
si pudieran acechar el vocablo que huye
entre la cosa y la cosa,
o saber que no es fácil decir lo que decimos
o callar lo que callamos,
que no todo consiste en perseguir la letra
con la vieja jauría gramática y canora;
si un momento llevaran la carga del poema:
¡Dadle al poeta —dirían— la palma del martirio!

V

(Aquel hombre del cuervo amaneció sobre la acera
pálido como un príncipe y sucio. Dijeron que borracho.
¡Acaso han confundido
la indefinible coloración deshabitada del ocaso
con la ceniza árida de sus corazones consumidos!
Amigo: ese poeta no ha tenido la culpa;
nosotros muchas veces, regresando con los ecos,
parece que caeremos como un trozo de luna desgastado
y que amaneceremos con la palidez de las azucenas inconformes.
¡Es difícil sostener con la yema de los dedos
este toldo caído y la gravitación de su impávida quietud!)



VI

Necesitamos agacharnos como los campesinos a la tierra,
doblar el cuerpo para tocar como los campesinos a la tierra,
adorar al Señor con esta inclinación como los campesinos de la tierra.

Tierra madre conjugada por el misterio de los muertos,
olor de recuerdos imperecederos, raíces vivas
y renovación de las más recónditas podredumbres!
. . .No pretendemos la indecisa dimensión de la ausencia
porque el ojo no penetra si la carne es ilesa!
Necesitamos el doloroso tacto, el sudoroso dolor de las milpas y los
[fangos,
esa piel de tormento que rasgan los hijos y los frutos.
Es ahí, en el incesante calor de su honda materia
donde se hinca la raíz del sereno crecimiento,
porque los pies se extienden con ansias subterráneas
para que pueda la palma del cabello mecerse bajo los astros.

Yo corté las maderas de las montañas en diciembre.
Penetraba en la respiración de las inmensas soledades
sin intentar definirme. Ni a mi nombre llamaba,
porque la selva esparce los contornos del hombre.
. . . ¡Era cuando los árboles!
Recordemos la columna del níspero silvestre,
del mango, del malinche,
su espontánea vegetal arquitectura
rematando en sus racimos maduros capiteles!
¡Y a la bóveda verde los reunidos silencios
en oración de pájaros y abejas, como templo, oficiando!

Yo sembré con el ardor conyugal de las palomas
en el moreno-tibio perfume de los surcos mojados
las sílabas del pan. Su palabra abundante.
Se cubrieron mis brazos del amargo rocío de la carne
y en el rito solar de las dulces lunas tempranas
me bastaba mirar el cabello de la muchacha campesina
volcándose como un derrame de mieles de jicote.

Consideremos el poema del cortés florecido,
la desnudez del caoba tendido como las indias sin tálamo,
el verde enardecido de los platanares banderilleantes.
A veces una extraña vertiente aparece en el brillo de los ojos
y donde vamos mirando depositamos la lluvia y la humedad de su júbilo.
El venado se desprende de nosotros como velocidad que silbamos,
la ardilla nos recorre las vértebras como la inquietud de una cita,
la serpiente se aleja de la pupila igual que la dilatada mirada de la
[cólera
y el pájaro en tu cabellera corriendo agita su libertad.
Llevamos el animal y nos asciende como una vena más,
como un golpe más del pecho y un sonido aún más largo del amor que
[vincula.
Llevamos una hierba, una hoja, una verde línea de savia y vegetación
trepando sobre el hueso en madreselva,
y así sube y se afianza el corcel complementario,
el caballo en el cimientto para la exacta estatura;
caballo en el pecho, caliente de galope
y los belfos aspirantes y la crin que se esparce como la estela del ansia.

Toda tierra y ser y mar y elemento
robustecen el límite, al corazón penetran,
y llevan hacia el mundo, rebotando la vida,
la múltiple unidad trascendente del hombre.



La materia es tan dúctil como el torso de la esposa,
se alimenta la frente como del pez la entraña
en el oro y el sol, en la rosa y la rueda.
En el hombre se inscriben la marea y la savia,
la respiración y el temblor de los metales,
la inconsciencia mineral de los motores,
el brusco corazón de los pistones y los árboles.
¡La materia podemos recrearla con los dedos!
El tornillo es una larva con el sueño coagulado,
y en el avión existen las claves de la pluma.
La máquina es hermosa si el amor la lubrica,
el aire es como tierra si gustamos su muerte.
¡La noche es como el hierro!

Sin embargo, ¿quién confiesa su posesión cumplida? . .
El amor es otro amor al cabo ¡y lo perdemos!
El mundo es otro mundo al fin ¡y lo buscamos!
y a las riberas en cilicio de la vida
amargas olas empujan tu naufragio.
La tierra ya chupada en su bagazo había
y el ojo que no extrae la luz de la presencia
cierra a la yerma procesión del mundo
el párpado pesado, inapetente, duro.

Sin el amor no clama el pecho en universo,
sin el amor no llega al pueblo nuestra voz.
Sin el amor marchita su música la amada
y en la rosa inexacta, en la reseca estrella
se agolpa la ceniza, el harapiento rastro
del vacío recuerdo retirado.
¿Quién no cuenta un regreso de cansancio y de zarza,
momentos en que somos la oquedad desesperada,

indeleble metal que ya no suena
campana de pavor y sombra intraducible?
. . . En vano recetamos seguros desenlaces
en vano si de rosas y azúcares atiende
la frente que ha soñado al fresco del laurel!
Ahora ya comprendes: el camino
es un río con sed.
Buscamos lo inasible y también lo cercano,
y nos duele la prisa y también la lentitud.
Laberinto de rosas nos confunde el perfume
de ese aire tan simple al milagro del vuelo.
¡No es allí nuestro amor!
Para saber la vida, la muerte es su secreto,
su íntima y ardiente vital resurrección!



VII

(Sólo falta decir como el poeta:
que “el clamor es exiguo para el oído de los dioses”. . .
Estamos en la búsqueda de la nocturna luz,
en la persecución del que pudiera trasladar
el estancado rumor del universo a su próxima aurora.
Del que puede renacer y renacernos,
del minucioso Fénix de todas nuestras cotidianas experiencias.

Y yo te digo “es ahí”, pero decirte “vamos”
me tiembla entre la mano como un rayo de luna. . .)

VIII

...Pon una noche espesa, una alfombra de aroma y densa humillación,
desnuda tus pies en un simple murmullo de inocencia,
acércate como el ladrón
sin despertar su muerte, deteniendo la mirada porque su filo es impuro,
y asómate a ese pecho colgado de las cuatro líneas del espacio,
asómate en el ojo de la llave como en el agujero de la estrella,
al ojo de la puerta, al cerrojo de la hermosura y del reposo.
¡Por un hombre se pasa, entre la llaga, al mundo!
El camino es un hilo de púrpura y de agua,
la puerta, en el costado, al corazón nos lleva.
Su nombre lo sabemos.
Lo pronunciara el ángel, el sueño y la paloma,
lo revistió de tacto la castidad de un seno
que nunca fue igualado por línea de mujer.
Y un día en la blasfemia sus letras colocaron
entre la espada y la verdad.
Era el rótulo del reino sobre el dintel de la muerte
porque su palabra es el nombre de los cielos,
porque la cruz es una puerta rota,
un abierto dolor en arco de victoria
para el paso del hombre y la marcha de su canto.



IX

Poeta: por pequeña que sea la palabra,
por débil su sonido y pálida su voz
germina de un amor, de un contacto deseado
y transcurre su espacio buscando la unidad.
El pueblo es su morada, la plural comunión,
la colectiva, universal y hermana
constelación de los cuerpos y las almas.
Una gota de hombre nos señala su mar,
la migaja de un gesto se nos llena de mundo
porque invadimos tanto con el amor la tierra
que nos cabe en el pecho como un golpe de aire.
Pero entonces: los dolientes, los débiles, los tristes,
la humillada multitud, gemebunda, incontable
¿en dónde se amará? ¿Qué dolor la resiste
abarcando el torrente de su amor inconcluso?
. . . Un día el Señor a quien amamos (Aquel que nos decía:
“Tengo piedad de esta multitud”)
arrojó su resplandor sobre el camino
y se vistió la piel y el rostro del mendigo,
se bañó del sudor del que trabaja,
del dolor del que llora:
“Lo que hacéis con mi hermano más pequeño
conmigo es que lo hacéis.”
. . . ¡Jamás se vio que tanto abarcara la ternura
ni pecho que saltara en trozos de tanta humanidad!
Acumuló el desprecio y la implorante ruina
y en el vértice de angustias su cadáver de lirio
aceptó este derrumbe pavoroso del hombre.



Acércate de nuevo con alma pordiosera,
asómate al exhausto padecer de la Potencia
—al vacío corazón que se despoja del latido—
porque ahí donde es silencio, ahí donde se pierde
la más larga mirada del hombre temporal,
aparece por fin el amor sin contorno, sin límite y contagio,
desmesurado amor intacto y poseído!

Todo el mito acumulado por los antiguos hombres,
la gran sed de la sangre por volar en mariposa,
el intento de la fábula por libar en el lucero,
la rebelión de la carne contra el tiempo,
aparece aquí culminando, presente y conseguido.
La pobreza se despierta en el abril de su dulzura
arrimando al pesebre entre el estiércol y el ángel,
y una niñez de silencio nos entrega su humildad.
Si se inclina como una rama consciente de su fruto
llega hasta rozar el desperdicio y la sobra de la ciudad.
Toca al enfermo o reparte en canastos los alimentos,
o levanta a los muertos como se da la mano al niño que ha caído;
deteniendo la detonación del milagro al borde de su necesidad
sacándolo de su prodigio como un beso guardado entre los labios.
Todo aparece como que así era.
Como debía ser.

Sin desquiciar al hombre, sin demostrar su divino relámpago,
más bien derivando su corriente más temblorosa de infinito
a la delicada prueba del Amor y la Justicia.

(¡Cómo cae tu primavera sinceridad, Señor, entre la mentira de esta
[muchedumbre,
cuya pobreza ha sido conducida a la desesperación, de una huérfana
[hermandad!

Nos arrojaron de tu pan, de la uva y del racimo de tu pecho



y parece que los labios se desprendieron y que las manos se cortaron y
[fueron pisoteadas
y ya no podemos conseguir que el murmullo del hombre ascienda entre
[las manos de la imploración.

Tú nos recuerdas que pertenecemos,
que la soledad es un brazo ficticio que nos ciñe,
que hay un cuerpo de congregación y solidario
donde una sola sangre comunica las múltiples ternuras,
donde tu mano tiene la moneda del príncipe y la petición del mendigo,
donde Tú respiras nuestra respiración
con la nariz de los que se educaron en el perfume
y de aquellos que olfatean las hediondas miserias hacinadas.
Unos pies para los pétalos que arrojan las canéforas
y para el polvo de los que van pisoteando su fatiga.
Un cuerpo acusado de convivir con la gente de mala vida
y de comer en la casa de los ricos.
Una muerte para que muramos la muerte necesaria,
para que el zumo y el tumulto de todas las sustancias
se agreguen a la esfera del ardor del hombre.

Y sobre todo, Señor, tu corazón
donde suena el compás universal de todos nuestros corazones esparcidos,
tu gigantesco corazón que crece como el sol en el crepúsculo
inflamándose en la sangre de negras gotas dolientes,
en la púrpura encendida de los sonrientes amadores,
en la contaminada sangre de los lánguidos y los harapientos,
en la bullente y desbordada de los enaltecidos capitanes
y en esa otra simple de la azucena que palpita en las sienes de las
[vírgenes.

Tu corazón donde Tú mismo te das en olas y quejidos,
donde suena como el caracol el océano manso de tu amor,
donde inclino mi frente y duerme mi vagabunda golondrina.)
¡Ay! ¡Cómo duele este querer que quiere!



¡Qué pequeño se muere el intento en el deseo!
¡Qué gravedad retiene el vuelo de la entrega!
Transitamos la noche. . .

El espectral Caído, su perfil de agonía
abierto como un pájaro que traspasó la lanza
cuando asumía el vuelo, miradlo entre las ramas
desplomado en su canto y huérfano del nido.
Transitaba la noche.

Recorría el nocturno de la muerte
por encender la música matinal de la manzana.
¡Oh, pájaro del Arca, retorno del olivo,
aleluya que despunta con la aurora!
En su plumón de lino quedará la victoria;
lo buscarán los ojos en la jaula de la piedra,
pero el pájaro ha volado. ¡Decidlo a los murientes!
El pájaro ha iniciado un alba de jardines,
el pájaro es un fuego de sol, una energía
infinita y circular para la tierra.
Su vuelo ya diverso y siempre único
resucita el minuto, el detalle, la incesante
caída de muertes sobre el mundo.
El Hombre es ese Dios de las alas en el alba,
el Hombre es ese Dios solar vivificante,
del Hombre es esa sangre, de su carne es la muerte
y el tránsito a la luz del cuerpo y su habitante!

Si Cristo es una ausencia arrancad vuestros ojos
y un derrumbe de llanto nos arroje a la sombra.
Si el dolor no reposa, si todo es un anhelo detenido en la piel,
convertidme en un árbol, en guijarro, en saliva,
arrojadme de mi llama, sopladme como el polvo.



¡Un Dios entre las venas, un inmenso alimento
que sature y trascienda la densidad de mi ser,
que me entregue el amor y sus vivos enlaces,
un Dios entre la frente y entre los cielos, dadme!

Ernesto: nuestra senda
es una sed andante y una luz de aventura
que al riesgo de una estrella conquista su Verdad.

LIBRO DE HORAS

1946 – 1954

La mayoría de los poemas del *Libro de Horas* fueron escritos en México, donde el poeta vivió tres años de exilio voluntario. Los restantes fueron escritos en España y Nicaragua.

Este libro fusiona el espíritu y la forma de los libros de horas medievales y la poesía y los cantos de los códices indios precolombinos, en una trama que liga el tiempo y la naturaleza a los misterios cristianos.

Estos poemas, a pesar de ser de los más difundidos y traducidos del autor, han sido publicados hasta ahora solamente en revistas y libros antológicos como el que Pablo Antonio Cuadra preparó de su propia obra y tituló *Poesía (1929-1962)* (1), y el que preparó Emilio del Río, *Antología de la Poesía Católica del Siglo XX* (2).

Esta es, pues, la primera edición completa del *Libro de Horas*. Los dibujos que la acompañan son obra del pintor cubano Roberto Diago, quien los concibió para una proyectada edición de este libro y quien murió trágicamente en España pocos meses después de terminados. La proyectada edición no se llevó a efecto y Pablo Antonio Cuadra conservó los dibujos inéditos hasta hoy.

(1) Ediciones Cultura Hispánica, Madrid 1964.

(2) A. Vasallo, Editor, Madrid, 1964.

HIMNO DE HORAS

A

LOS OJOS DE NUESTRA SEÑORA



I

*"Hija de Dios Padre,
Virgen purísima antes del parto,
En tus manos encomiendo mi Fe
para que la alumbres."*

Los ojos de Nuestra Señora eran azules en la anunciación.
Desde el primer amanecer,
desde las brisas primeras, ya agrupadas,
se dispuso el color. Era la inocencia,
la expectación inefable de las criaturas iniciales
pronunciando el color de la Promesa.

Desde la fe de las alondras, antes aún,
desde las aguas:
el Espíritu Santo flotaba sobre sus ojos.
No había un aire, no había un plenilunio
que al presentir la ternura venidera
dejara de sumar su azul. Iban sosteniendo soledades,
la rosa náutica y el origen cristal de los océanos.
Todo el azul del tiempo, la voz de los profetas,
daban color de virgen y milagro.
porque es feliz el azul. Y claro.

Ella era anterior a las lejanías.

Antecedente y victoriosa.

Desde su infancia,
Todas las horas giraban reverentes alrededor de su contemplación.



Todas las aves, las herederas de las antiguas, volvían a reconocer la primera exactitud del aire.

¡Oh cielo de mirar, ave María:
vuelo de azul y fe tan transparente
que el Señor es contigo y bendita Tú eres
entre todas las auroras que cantan tu pupila!
Ha venido el Arcángel por tu mirada limpia,
el colibrí ha volado y el mirlo y la Escritura,
y hay un aire amante que cruzan anunciando
eternos mensajeros.

Nosotros recordamos tu azul en este canto.
Recibimos la Luz y abrimos tu ventana
al valle, al empañado valle matinal de nuestras lágrimas,
deseando recobrar esa mirada,
esas primeras aguas,
esa certidumbre azul que cruzan los arcángeles.

¡Vuelve a nosotros esos tus ojos,
donde los querubines, sentados en tus pestañas,
contemplan el silencio del Pez en el azul tranquilo!

¡Deja, Señora, que miremos con la fe de tu mirada!
¡De mirar y mirar, nuestros ojos alcancen tu distancia!
¡Irán bebiendo azul
llegando a cumbres,
ascendiendo a silencios,
encontrando calandrias y ángeles anunciadores
como de tanta altura, palomas y palomas. . .!



II

*“Madre de Dios Hijo
Virgen purísima en el parto,
En tus manos encomiendo mi esperanza
para que la alientes.”*

Los ojos de Nuestra Señora eran verdes en la Navidad.
Como el cedro que arde en las llamas verdes del Líbano,
como el ciprés delgado que pulsa el viento de Sión,
como la palma que asciende y estalla sus ramas sobre Cades,
como la rosa de Jericó.
Como la especiosa oliva de lenta sangre sacramental y propiciatoria.

Así como el cinamomo y el bálsamo,
como el aroma de mansos vegetales
era tu mirada, ¡la fértil mirada de la tierra!
¡Oh Madre! ¡Oh fecunda entre todas las primaveras!,
oigo los bosques musicales, oigo el viento
transportando los dulces vagidos, el llanto ténue de los niños.
Madres luminosas, procesiones felices de vientres florecidos
atraviesan la alameda de tus ojos
y van cantando el canto germinal de las mañanas:

Dios te salve, María, congregación de los trigales;
en tus ojos la uva prepara su vendimia
y en tu mirada pasta sonrisas el Cordero.
¡Bendita es tu pupila teñida de esperanza
y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús!

Belén es el nombre de mi infancia, lo adornaban

lejanos elefantes, musgo de montañas
y estrellas al alcance de la mano.
Cuando éramos inocentes, íbamos con las ovejas
y mirábamos en la mirada de tus ojos campiñas en miniatura.
Cantaban los pinares, ¡ah! ¡Saludábamos al Infante!
¡Saludábamos al Chiquito-Dios, al Príncipe de los Presagios,
al Preferido!
¡Verdes caminos llevaban a Belén!

Recuerda los pequeños indios entrando de rodillas
a tus ojos sonrientes. Nosotros jugábamos con el buey.
Y un Angel recorría a vuelo tu pupila,
adormeciéndonos con fábulas celestes y violines.

Entonces Tú cantabas cantos de cuna para nosotros
y mirabas lejanamente hacia los días futuros
con los ojos humedecidos como los campos con rocío.

¡Esta es la mirada por donde el hombre regresa a su esperanza!
Por aquí partimos, ventura andando, a fugitivos sueños.
Mirábamos desde Belén otras ciudades,
otras estrellas
y noches distraídas de intacta plenitud.

¡Oh la nostalgia otoñal por tus verdes miradores!
¡Tantas ventanas inútiles para asomar al canto,
para mirar el musical deseo!
¡Abre tus ojos, oh Madre del recuerdo,
mírame con Belén, quiero mi infancia!



III

*"Esposa de Dios Espíritu Santo,
Virgen purísima después del parto,
En tus manos encomiendo mi caridad
para que la inflames."*

Los ojos de Nuestra Señora eran negros en la Pasión;
negros como incendiados por vastas noches en llamas,
negros bajo el amor soplando inenarrables gemidos,
solitarios ojos, víctimas en ceniza de la encendida pena!

¿De qué remoto llanto baja tanta pesadumbre? . .
¡Descienden desde Abel las aguas del lamento,
y atraviesa sus ojos el dolor de la historia
como rfo funeral en prolongada noche!
Yo no sé si la azucena herida en la penumbra,
o la fatigada paloma que el viento arroja al páramo,
tienen ese temblor de gemido ya deshecho,
o ese puñal impalpable en el doloroso cáliz de su aliento.
Pero hay un hijo que muere dentro de su propia sangre,
y una frente que se inclina en el dolor de su frente.
¡Tantos besos guardados para caer heridos,
para anidar en llagas y teñirse de martirio!
¡Tanto canto de cuna para mecer su muerte
en el pavor de un ritmo helado y detenido !

¡Decidle, los que pasan; aquellos que han perdido
la dulzura de un nombre donde posar los labios,
decidle si hay dolor más triste que sus ojos



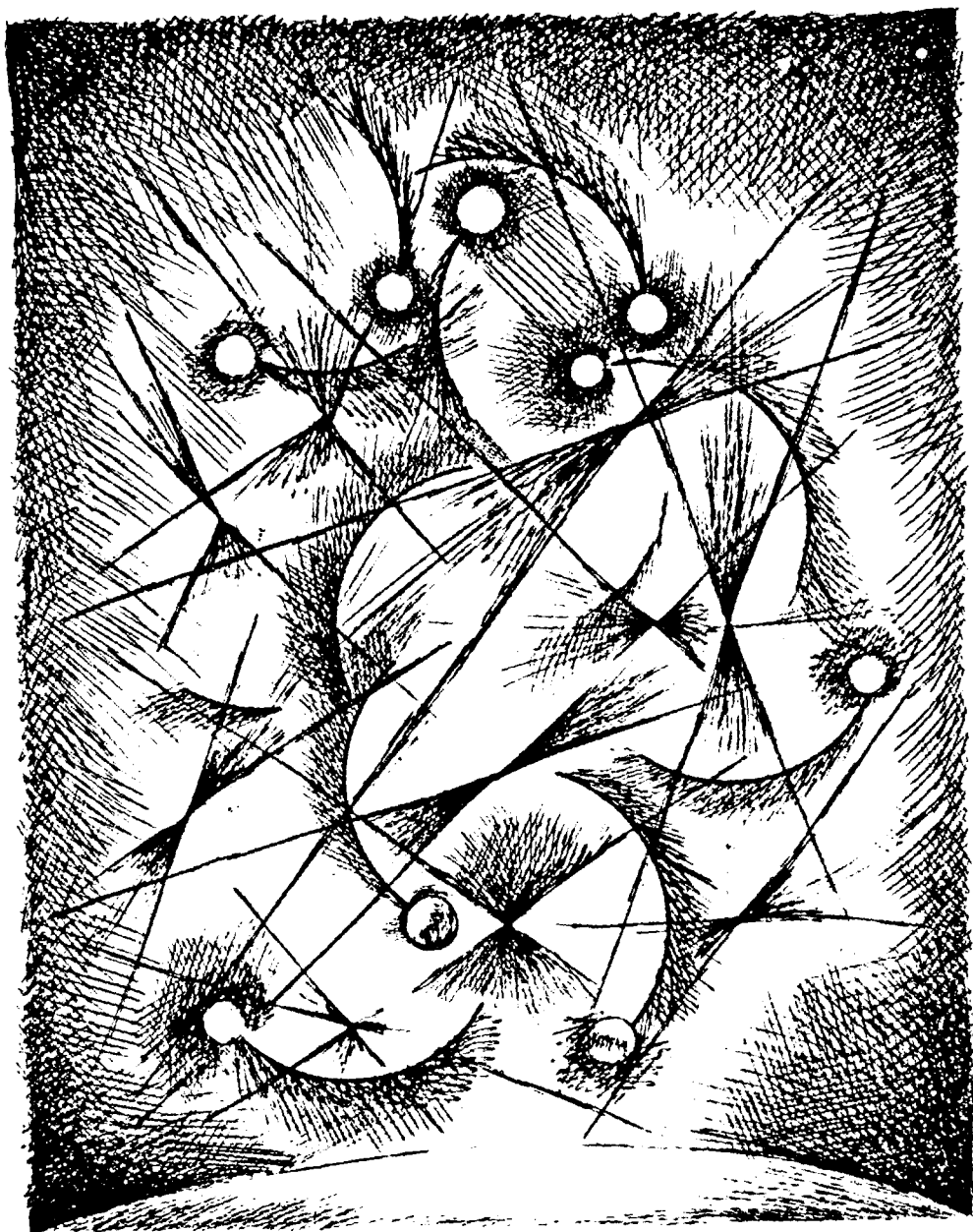
o color más amargo que su oscura mirada!
¡Oh fondo de tus ojos, Señora de la muerte,
como nocturnas aves las tinieblas acechan
el pálido cadáver que yace en tus pupilas!
¿Quién podrá consolar el silencio que ciñe
los mares de tu nombre? ¡Horizontes de ultraje
han cercado las aguas oscuras del consuelo!

¡Madre de la aflicción, ¡crucificada entraña!
has dado a sombras el fruto de tu vientre
con el dolor de sangre de todas las mujeres!

¡Déjame en este canto asomarme a tus ojos
y encontrar esa sombra donde el amor reside
aquí, junto a la Cruz que se alza en tus pupilas!

¡Oh, Eva dolorosa! ¡Corta el fruto del Arbol
—la manzana encendida que brota del costado—;
tengo el pecho con hambre!, ¡tengo el pecho contigo,
abierto por la espada!

A L B A



Capítulo

Cortada la media noche por el filo de la luz (la luz fue creada antes del sol), un aire angélico y transparente toca el agua, anciana como la mujer de Zacarías, la abuela Agua madre de la tierra, y conmueve su vientre una novedad poderosa. Vida necesaria. Tiempo creador. Algo nace —maitines— y sube las escalas del sueño hasta el canto del gallo. Bate éste sus alas, mas no vuela, sino canta. Porque la poesía está detenida por la muerte.

Así, el día se profetiza en vísperas de su creación. Después vendrá el Angel de la Patria a recrear sus posesiones. Y en el alba comenzará, cotidianamente, la esperanza.



ANTIFONA DEL SOÑADOR

Desde la sangre estamos despertando.
Hemos tejido los sueños postreros. Hacemos guirnaldas
entresonando. Las sábanas frescas te reciben,
¡oh anuncio!, ¡oh promesa!, ¡oh serena esperanza!
—Los gallos están cantando.

No despertamos. No hay luz para recorrer
las primeras espigas, las húmedas florecillas
que nacieron a la zarza. Estamos como suponiendo
que nuestras manos tocan dulces flores.
—Y el sereno está cayendo.

No. Este canto no transcurre en el sonido.
¡Yo todavía estoy tan lejos! Tengo sombra.
Pero hay un lento trance que evapora la muerte de este sueño.
Esta es la luz aun antes de su nombre.
—Apenas su sentido.

CORAL DE LOS POETAS DEL ALBA

"Resurrexit sicut dixit, Alleluia!"

¡Ah! ¡Ya empezó el mundo a dar su vuelta!
Los cuatro vientos han hecho girar los perfumes que reposaban.
El perfume de la luna se ha derramado en las ubres,
en los pechos de la mujer se ha derramado.
El perfume de la estrella solitaria se ha movido en las rosas,
en los labios de las doncellas ha sonreído.
El perfume del silencio ha recorrido la palabra,
en la voz de los poetas ha florecido.

Ved a los hombres que piden sus caballos,
los hombres que dan voces en las sabanas del alba.
¡Ah!, ya fueron formados los caballos y los caminos nuevos.
Todos los animales, todos los elementos han encontrado su novedad.
Esta es la hora en que reconocemos la infancia del niño,
esta es la hora de la ternura del ternero.
La hora que está balando, cantando, acurrucando.
Ya llegaron las mujeres, las madrugadoras, al nido de los ángeles.
Ya regresan las mujeres, las madrugadoras, con los rostros recién
[lavados,
con las gotas de la mañana en el nacimiento de sus cabellos.
"El cielo —han dicho— es el dulce país de la luz."
Los hombres han montado sus caballos y se encaminan a su edad.
Van por sus años andando.



Vamos con la luz a la cintura, vamos chapoteando.
Nosotros sabemos que la felicidad es una suma de auroras.
Hemos bebido el vino de la mañana,
en los corrales, en los establos hemos bebido el jugo del alba.

¡Somos los hombres-nuevos!

HIMNO NACIONAL

(En vísperas de la luz.)

En el límite del alba mi pequeño país toma las aguas tendidas,
las grandes aguas desnudas que descansan—.
“Haré lagunas este día”, piensa. Cuenta, de dos en dos, sus árboles,
sus aldeas cubiertas de rocío,
sus territorios que salen despacio noche afuera.
Antes del hombre, aun antes de los gallos
mi dulce país arregla su porción de paisaje:
“Colocaré este azul sobre una nueva mujer”,
“Este lugar proyecto para mejores vientos” —va diciendo.
¡A vosotros os antecede, hombres de mi tierra!
Pulsa el alba, otras nostalgias pulsa para buscar el ángel
que circula de sueño a sueño alrededor de nuestros aires.
Mi pequeño país, entre tantos, va historiando sus flores,
la difícil biografía de la golondrina,
fechas de ceibos, de conejos,
historias de hombres rebeldes, otros destinos
en una fuente, en una comarca apenas designada.
Países hay que escogieron calendarios afanosos
para eclipsar las antiguas escrituras.
Llámase Imperio el dolor de unos hombres lejanos.
Se llamará “Inmortal” un nombre arrojado contra el bronce.
Pero he aquí que existe este lugar dispuesto para ser eterno
por la sola palabra que un ángel dicta recorriendo los maitines.
¡Mi pequeño país es habitado por vegetales menos solemnes,
por silencios naturales que van de canto a canto,
entre hombres así, entre montañas asequibles al llanto
y ríos prudentes que transportan con mansedumbre sus estrellas!



Aquí hemos criado olvidos elementales para ser comunes,
vegetaciones insistentes para cubrir a tiempo nuestras huellas.
Y existe un ángel que repudia nuestras oportunidades
— ¡cierra con insolencia las sórdidas ventanas de los mercaderes!—
y viene urgiendo una palabra más, un canto más
en la pobre aldea que no trasciende,
donde habita ese niño pálido que nosotros desconocimos.
Por eso el alba toma el hilo al sueño desde los pájaros
y va penetrando a todos los que tienen inscrito su silencio.
(Mi pequeño país cristiano se compone de unas pocas primaveras y
[campanarios,
de zenzontles, cortos ferrocarriles y niños marineros.)
“Tenemos este quehacer, esta palabra entre todos”, ha dicho,
y así comienza, a punto de los albores, reclamando
a ti, zafiro, llamado último lucero,
al venado, al güís, al chichitote —un pájaro madrugador—
su coro de claridad para alabar la luz.
“Voy recorriendo a tantos, llamando a cuantos tienen ganado su
[silencio”:
“A ti, José Muñoz, carpintero de oficio, que sabes hacer mi mesa,
toma este lucero. Sale a guiar su hora. ¡Arréglalo!
Y tú, Martín Zepeda, pues vas de caminante, arrea
estos pájaros. Dales canto o diles
lo que sabes del pan y la guitarra.
Y a ti, Pedro Canisal, vaquero, muchacho agreste:
ensilla el horizonte, monta al final la noche, ¡dómala!
Todos sueñen. Todos muestren que están conmigo haciendo
este futuro día, esbelto y sin zozobras.
Busco a Juan, ‘el Chato’, en este barrio de albañiles.
A Gumersindo, jornalero de caminos:
Tengo un ancho espacio que llenar
de Chontales a León, de norte a río, de río a corazón.

Esta voz tuya, Gregorio Malespín, cantador de Cuiscoma:

¡levántate!

mira la gente que va conmigo. Ya lo están cantando:

lagos, lagunas, madre selvas,

árboles y campesinos dicen: “Alabado sea el Justo

y Buen Señor que va dando a cada país lo suyo.

Esta noche al nuestro. Este descanso conseguido”.

Por tanto,

en alabanza y canto merecido,

árboles y campesinos digan: “Alabado sea el Dueño

de esta posesión. Levantó una noche más y fuese

andando, a cubrir otro lugar de más necesidad”.

Porque así agradecemos debidamente este lugar.

Así volvemos a vivir debidamente nuestro lugar.

Mi pequeño país te solicita para la oración y el himno de los que

[vamos a despertar.

Recuerda, hermano, las lomas de Coloja y su césped verde.

Tú, Jacinto Estrada, regocíjate de tu isla, con sus frutales que rondan

[en susurro las abejas.

¡Madre mía, desde el balcón de tu casa bendice mi respiración!

Mientras yo sueño con un canto donde va amontonándose

todo este ritmo patrio de ángeles celestes y verdes palmas,

mecidas, de babor a estribor, por un viento de flautas lentas.

MAÑANA





Capítulo

Después del agua, el aire. Don-Aire del día.

Galopan los diptongos de las campanas. Es la hora virgen de la anunciación. Pájaros y torres. Mensajeros. Tiempo elemental del pan y del vino. Del trigo y de la palabra "nueva".

En los ritos campales, los labradores reconocen el primer sudor, hermano de la espiga. Sol fecundador.

La mañana es del Espíritu. "Lumen cordium".



ANTIFONA MATINAL

Un vaso de cristal purísimo es el cielo.
Piensa en esta mañana
que guardas en tu pupila llena de asombro:
estudia los pájaros que enjaula, escruta
su bruñido azul
y dale nombre.
Lámala Inés
o Agata!



CORO MATINAL DE LOS LABRADORES

Canción para la danza del trigo:
Grito de oro. *¡Planta triunfal!*

Flecha sutil del pan. Espada
vegetal en la puerta del paraíso.
¡Trigo!

Caña de trigo: cetro en la mano del Poder.
Borda la celeste túnica: aguja cereal.
Borda el manto del sol.
¡Trigo!

Enciende el hambre del misterio nuevo
Mata el hambre del terrestre. *¡Liberta trigo!*
Cetro en la mano del Amor:
¡Planta triunfal!



INVITACION A LOS VAGABUNDOS

*“Entonces se les abrieron los ojos
y le reconocieron.”*

Lucas (24-31).

Torres

Altos pastores del día.

Cencerros del metal celeste, esquilas
para nosotros, vagabundos,
rebaños del roto redil y solitarios
que vimos arder la estrella matinal.

A los que nadie había reunido, ellos llamaron:

—“Sal a los caminos y cercados
e impele a cuantos halles”.

—“Tú que no te conoces: eres nuestro hermano”.

Y preguntaban al caminante:

—“¿Dónde queda la cabaña de los huérfanos?”

Y a los boteros que madrugaban sobre las olas:

—“Danos la ruta de la isla del ciego.”

Oí en el muelle las voces de los pescadores

y el chirriar de las velas matutinas:

—“¿Dónde es la peña en que llora la viuda del navegante?”

Y al sabanero de gritos largos embebidos de horizonte:

—“Préstanos tu caballo para rescatar al perdido”.

Torres

Arcángeles de piedra.

Voces para los hijos de la inexactitud y la fatiga:

los lisiados, los tristes, los que sufren
persecución por la justicia.

—*“Hemos visto —dijeron— caer en el desgaste las palabras
que trabajosamente elaboramos para nombrar nuestros sueños”.*

Esto decían.

Porque llegaban los vagabundos.
Porque eran los desengañados y los fugitivos;
los exiliados que anunciaron la bendecida insurrección de la pobreza;
y había hombres de ébano segregados en sus reinos nocturnos;
pastores de ojos distantes
que enumeraron los árboles legendarios a cuya sombra dormían.

Y vimos al poeta con su inadmisible traje de melancolía;
y miramos al ciego con su paso flotante y sus manos
en busca de un horizonte intocable;
y al cojo saltando sobre su obstáculo invisible
y al soldado que es un mendigo de llagas más recientes:
—*“Hemos dado ya demasiados muertos a las preguntas irresolutas
miramos a un lado y otro y nuestros padres y los padres de nuestros
[padres*

*abrieron agujeros en la tierra para enterrar sus nombres,
para sembrarlos en la esperanza de producir su nombre nuevo,
un nombre pronunciable y no anónimo, indeleble, memorable,
[respetuosamente exaltado.*

*Sepultaron largos siglos sus humillados nombres,
murieron largos siglos y abonaron largos siglos la sedienta tierra,
pero la muerte sólo produjo silencio y el olvido acumuló nuevos
[olvidos,
y volvieron a crecer interrogaciones sobre las tumbas y preguntas
[sobre los túmulos
y otra vez la esperanza es una emboscada y la felicidad otra vez un*



[futuro
que debe ser construido con nuevas sepulturas innumerables’.

Esto decían.

Y callaron las campanas.

¿Quién era el último vagabundo que regresaba de la noche?

Vimos su sombra larga adelantarse sobre el polvo
y despertar las flores con trémulos golpes de rocío.

¿Acaso tú has oído al mendigo cuando dice:

“Inauguración de mis tristezas llamo a la Noche”?

¿Ha llegado a tu canto la voz del desterrado que murmura:

“Patria se llama mi obligación de partir”?

Tal era el último mendigo.

Y los que le vieron llegar, creyeron oír en su silencio lo que no
[escucharon en las palabras.

Veíamos a los hombres desconocidos colocar delante de su fatiga
interrogaciones en idiomas dulcemente extraños.

Pescadores acostumbrados a la profundidad
esperaban de sus labios lo que nunca habían esperado de los labios
[del mar.

Y vimos los ojos de la prostituta
zozobrantes y humildes.

Y unos y otros se decían:

—“¿Quién es el último mendigo?”

Y unos y otros volvían a él y preguntaban:

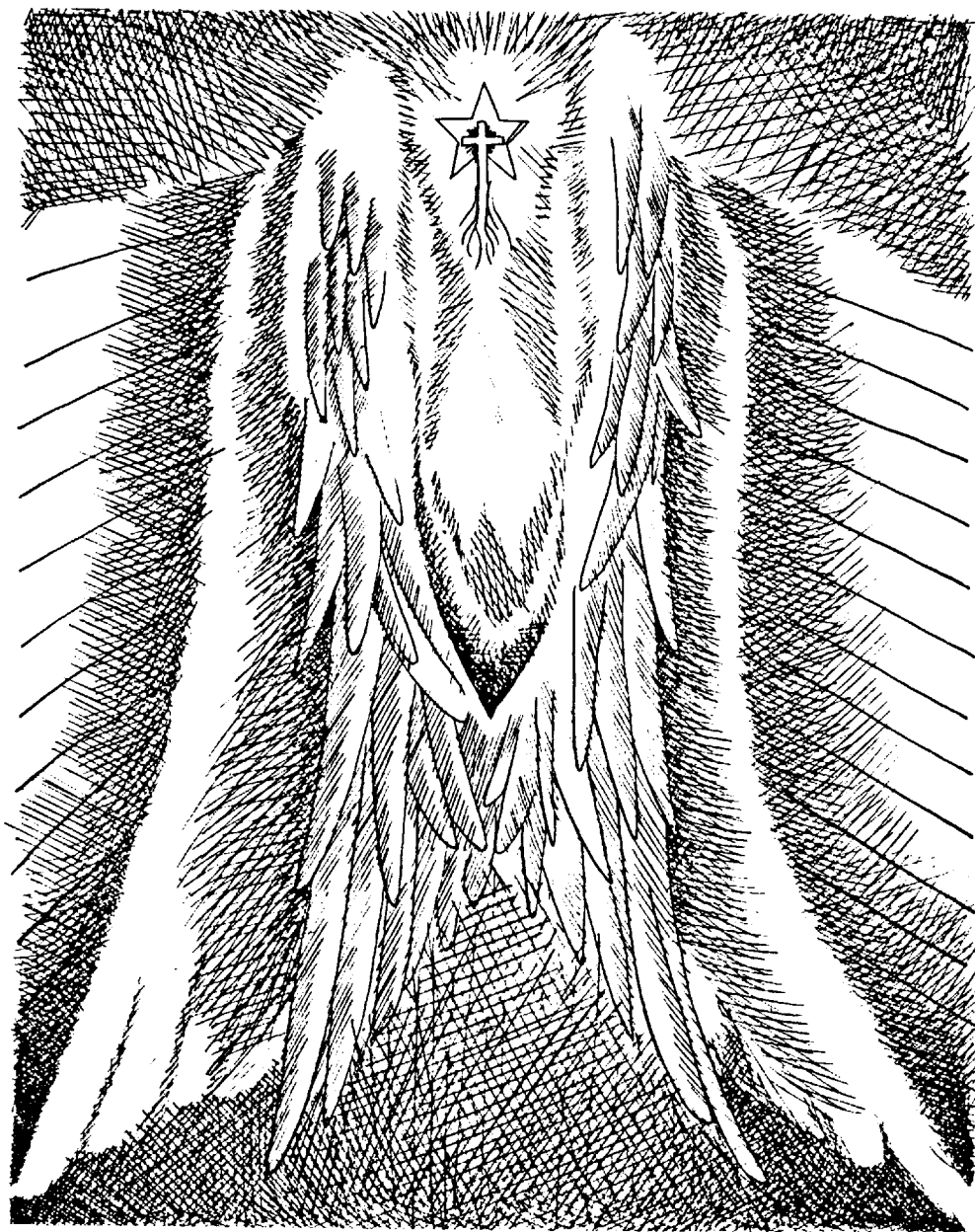
—“Dinos, ¿qué hemos de hacer con nuestros pensamientos?”

Y él callaba.



Y le vimos avanzar hacia la mesa,
poner su báculo usado, abrir su alforja
y al tomar el pan y al partirlo
se nos abrieron los ojos.

TARDE



Capítulo

Fuego: esencia del mediodía.

La Tarde corre encendida desde la hora de la crucifixión a la hora del descendimiento. El reloj de la Cruz da su hora de sangre. Hora de los mártires. Hora del grito, porque la Palabra ha sido traspasada.

Pero después del fuego quedan todavía el corazón y el regreso. La estrella Vesper silva a los rebaños, y desde los lejanos horizontes del crepúsculo vienen al único Pastor.

Iglesia y Juicio.



CANTO CORAL DE LOS INSTRUMENTOS DE LA PASION

“O Crux, ave, spes, unica. . .”

Comenzaba en los surcos la muerte de la semilla.
Ardía su renovación en la desesperada luz de la púrpura.
Tú llamabas.
Tú escribías, ¡oh letra escarlata!,
retorciendo tus brazos como un árbol que ha perdido sus pájaros.
Tú marcabas a fuego la tarde del mundo.
¡Creced detractores! ¡Cizaña! ¡Esta es vuestra hora!
¿Quién ha levantado su planta sobre esta tierra a cuchillo?
¿Qué árbol mendigo, harapo vegetal, crece en tu silencio?

Y se asentó sobre su edad la gran madre Ceiba
secular y lenta con el testimonio de la madera:
“Conozco la biografía de un árbol —dijo—:
su genealogía poderosa en la vegetación del misterio,
su infatigable paternidad de semilla en semilla.
Conozco un árbol sacerdotal, heredero de la oración y de las manos
que imploran,
cuyas ramas han elevado su grito por encima de las espadas.
Conozco un árbol a cuya diestra un ángel ha crecido,
levantando diariamente su estatura.
Sus duras manos excavan debajo del Testamento,
porque las raíces cruzan toda la memoria
y todo el olvido del hombre”.

Entonces se levantó el metal del gran hermano Hierro
—iniciado en el misterio de la sangre—
y arrancó su grito, su estructura penetrante: “Canta, lengua —dijo—;

canta la virtud del leño salvador;
canta la solitud de la madera
y su flotante piedad para los náufragos.
Todo barco canta; el Arca que arriba al iris,
la navecilla fiel sobre las olas
donde vamos apiñados,
incómodos y hermanos,
protestantes del viento o sabios dictaminadores contra la ruta;
canta la Iglesia navegante
el timón en manos del cansado pescador,
su ensangrentado mástil solitario: cruz de la tempestad y de la osadía”.

Y se levantó el triste hermano Látigo flagelante
—el estridente ecuador que ciñe al aire débil—
y en sollozantes coyunturas sus delgados miembros
cantaban: “ ¡Oh Cruz,
buitre sobre los siglos,
eterna ave de las altas simas,
insaciable devoradora de la muerte!
¿Quién recorre cumbres,
quién anida en el beso moribundo,
en el pecho desconsolado,
en la dura pared hostil contra el hastío?
— ¡Quiero tu aletazo en el grito de la certidumbre,
pájaro del Gran Consejo,
vuelo de resurrección,
quiero tu resonante piar en el cénit:
“ ¡Ay!, ¡Ay!, ¡Ay!, de los que habitan sobre la tierra!”;
tu inenarrable gemido,
¡oh Cruz emplumada, empolladora del mundo,
caliente, misericordiosa, reuniendo tus polluelos,
celeste Jerusalén!



Y se levantó la punzante voz desheredada,
la hermana Zarza —rústica epiléptica—,
arrastrando su vegetal destrozo.
“Pido una estrella —dijo—, pido en su gota de firmamento
tu brújula luminosa.
Epifanía de la rosa sideral —signo del gran Rey.
Aparezca tu luminaria sobre la casa de los humildes,
goce tu lumbrera el hombre inesperado,
magia estelar del pan,
guía del alba ¡oh! broche del horizonte,
constelación de lágrimas felices.
¡Fuego de espada!

Y se levantaron la hermana Hiel de la Amargura
y la Risa y la Saliva de las sombras:
Sabemos —dijeron— que este árbol nace de la boca de los hombres.
Sabemos que este árbol crece del silencio de los muertos.
Sabemos que su fruto es el corazón: ¡manzana de la miseria!”

Entonces se levantó el Hombre, culpable y salvador.
El Hombre contra sí —en su agonía y gloria—,
laurel y espina sobre su maldita frente,
verdugo de su sueño
y Dios de su nostalgia:
“Cruz es mi cuna, cadalso del primer grito —clama—:
Cruz el amor del cuerpo, patíbulo del gozo.
Cruz el lecho donde yace la cotidiana agonía.
Soy mi pendiente suplicio del árbol de mis brazos.
Clava mi mano el tacto tentador y prisionero.
Clava mis pies sobre las rutas insaciables
el peso, el tiempo, el cuerpo en cruz,
y aquí clavado a esta suma

—al más y más de muerte—, soy la vida.
Cruz es esta ruptura del ser en tierra y cielo.
Cruz este amor que sale de las manos al nivel de las doncellas,
o que se eleva del llanto a la altura del ángel.
Cruz porque un hombre ha sido clavado en mi deseo.
Cruz porque un Dios ha sido crucificado sobre mi cuerpo!”

Cuando el Hombre dijo su última palabra,
se levantaron las tinieblas y las sombras.
Todas las criaturas estaban en el cáliz de las tinieblas.
Todas las criaturas eran del linaje de las sombras.
“ ¡Oíd! —dijeron—. ¡Hemos sido construidas a semejanza de este árbol,
y toda flor de criatura fue marcada por su señal!
¡El vértice de los vientos canta su signo,
la unión de los elementos y el cruce de los caminos!
Toda ave que abre sus alas para sostener el canto de su ruta.
Toda reunión de estrellas sobre los cuatro puntos del destino.
Todo hombre extendido para el amor
conmemoran la imposible balanza de tu juicio:
¡Oh beato sostén! ¡Oh fértil equilibrio! ¡Oh fiel Cruz!”



CRISTO EN LA TARDE

Era cuando la vejez de la amapola.
Cuando la precipitada senectud de la violeta.
En ese lugar. A la puerta del templo nocturno,
donde la Madre Tarde, canosa, apoyada en su cansancio,
deja en la alcancía su única moneda.

En esa hora.

Llamando desde Emaús, desde otras tardes,
desde playas indelebles, desde aldeas:
“Ved que reúno en el corazón todas las cosas que retornan.

Llamo, convoco en esta hora los rostros que vuelven
con una capa de tiempo —unas horas derribadas—
sobre la brillante juventud de la mañana.
Ved que llamo a los puertos, reclamo a las riberas
donde regresan los navegantes, húmedos de mar,
todavía caudalosos de las fatigas fluviales.
Las posadas,
los nidos colgantes,
las altas palmas pendulares de las oropéndolas,
las cuevas bostezantes de la raposa y del caucelo:
todo lugar que acoge, Yo lo llevo ahora dulcemente
recibiendo memorias,
recibiendo los cantos del arribo”.

—“Estoy reuniendo los pasos esperados,
la aproximación feliz de los retornos
—madres que asoman a sus propias pupilas, interrogando,
zenzontles implumes que pían, lactantes cachorros,
y aquellos que he pronunciado con preferencia



porque su retorno está marchito de soledad—.
¡Ah! Yo he venido. Yo he llegado con ellos.
Ved que acompaño uno a uno tanto desenlace.
Ved el pecho abriéndose en posada,
dolorosamente roto para tu descanso de la tarde.
Ved que llamo.

Es mi voz la que lleva ese pájaro pasajero.
Allí suena: en la rosa a punto de cancelar su exposición,
en esa mano del padre resbalando lentamente sobre la frente del hijo,
en el fuego prudente del pan,
en el calor de lo amado que otra vez acoge.
¡Yo soy el amanecer y el ocaso!
Para vosotros que veis descender el sol y os devora el silencio
—desposeídos, tristes errabundos—
para vosotros los marginales
—desvalidos de los crepúsculos, andantes sin retorno—
esta es la hora en que Yo he sido descendido hasta mi ocaso.
Bajan mi cuerpo con el vuestro
y Yo comparto con vosotros mi última tarde.

¡Oh, venid! ¡He vaciado de sangre mi corazón
para dar lugar a que los hombres reclinen su pesadumbre!

NOCHE



Capítulo

La noche es de la tierra.

Serpiente que se arrastra en su exilio, buscando el Quetzal complementario de plumas aurorales. Noche como el llanto en este valle de lágrimas. Noche en la siniestra del sueño. Izquierda de la muerte. Silencio de la gran lucha, noche de bodas y de agonías. De infinitos goces y de inenarrables espantos.

Noche de Eva, de Pedro, de Judas, del pecador. Noche de la llegada del Esposo: "media nocte clamor jactus est."

La noche o el Apocalipsis.



Primer Nocturno

LA LUCHA CON EL ANGEL

Cuando llegué al límite de la noche
—entre el azul de Abel y el azul de Caín—
a ese límite que te divide
entre tu pasado y tu futuro,
Yo —Jacob— quedé solo.
Y vi un hombre. ¿Era yo o era el otro?
Y este hombre luchó conmigo
hasta que despuntó la aurora.
Luché conmigo y conocí
la fuerza de lo Desconocido.
Luchó contra mí y supe
la resistencia de lo Conocido.
¿Era, acaso, la Fe
empecinada en despejar la Duda?
¿Era Oriente y sus dorados
pabellones contra el cardeno
Occidente en llamas? ¿Era acaso
la Historia hundiendo su pie en la arena
contra el poder de la Utopía?
¿O era tu Pensamiento
deteniendo tu Sueño, o el Logos
contra Eros? ¡Oh, dime tu nombre
ángel oscuro! dime
quién soy. Dime
Príncipe de los Itzaes,
“¿Soy éste que soy?”,

porque he mirado atrás —a mi diestra
y he escuchado a mis hermanos
a quienes guían los Presagios
desde que Quetzalcoatl salió de Tula hacia el exilio.
Y he mirado atrás —a mi siniestra
y he escuchado a mis hermanos
a quienes guía la Promesa
desde que Abraham dejó su patria
y emprendió los caminos del éxodo.
Dime tu nombre, tú que luchas conmigo.
¿Tu nombre es Maya o es Griego,
es Nahuatl o Romano? ¿Vienes
del mar o eres aborigen?
Dime tu nombre, te lo ruego.
Más el otro, viendo que no prevalecía
me golpeó el muslo.
Y el Conocido
fue suplantado por el Desconocido.
Y en mi fracaso encontré mi éxito.
Y nunca más pude, triunfante,
recuperar mi paso de triunfador.



EL ARBOL DE LA NOCHE

Tú eres virgen y el ángel te detiene
al pie del árbol de la noche.

Aléjate, muchacha, del vástago oscuro
carbonizado por el sueño.
Advierto cosas imposibles.
Advierto frutos solitarios,
lívidos labios que conocen los secretos humillantes,
ojos cerrados,
párpados
caídos sobre el tedio de lo eternamente igual.
Viejas lunas oscuras pudren sus serenatas
impregnando el aire de un olor a tiempo.

¡Vedado para tí está el fruto del recuerdo!
No te llegues al árbol donde cuelgan las calaveras.
Advierto el rostro del fugitivo;
el labio vano cuyas palabras rechazabas;
la luna hostil que labraba tu silencio junto al mar.
Tú posees todavía lo inesperado.
Tú llevas todavía lo intacto y lo desconocido.

Si eres virgen, ¡no mires los ojos de cuyos racimos destila la fatiga,
no escuches las voces que se desprenden del otoño antiquísimo,
no toques las manos que se balancean
cansadas de palpar los muros infinitos!



EXORCISMO DE LAS SOMBRAS

Exorcizo la abeja negra que liba en el Poniente.

La flor sofocante del deseo es su tributo.

En los tálamos, en el silencio de los ocotales, encuentra su
[desolación.

Exorcizo el pedernal oculto de la tormenta.

La cólera amarilla es su comarca.

En los oscuros recodos, a mansalva, arroja su saliva.

Exorcizo la serpiente del humo, cintura de la noche.

La palidez de la locura es su morada.

En los sueños intranquilos, en los ruidos alevosos abre sus
[anillos.

Exorcizo el escarabajo deshonesto de la herrumbre,

el cuervo tiznado de los eclipses,

el luto volador del buho, custodio de los asesinos.

Exorcizo la casa de los gemidos.

Exorcizo el viento de la amargura.

Exorcizo la ceniza, la discordia de la sal,

el burdel y el pozo de la luna.

Tres veces cito contra vosotros la señal del anochecer.

Contra vuestra sombra cito tres veces la sombra de la Cruz:

Contra la tentación de la mujer iluminada por la estrella.

Contra la acechanza del puñal empujado por la ira.

Contra el paso del fantasma cobijado por la cal.



Que esta sombra preparada para el descanso

sea limpia.

Que esta sombra preparada para el amor

sea paloma.

Que esta sombra preparada para el ensueño

sea sonrisa.

Sea santa e inocente la criatura noche.

Abrase morena su rosa de olvido en la mano del Angel.

Sea deleitoso su silencio al Dueño de la Palabra.

¡Sea!

Segundo Nocturno

LA HUIDA A EGIPTO

En las noches del desierto
cuando repasabas las cosas en tu corazón
o el temor
y las estrellas te hablaban
del inmenso Poder que te cubría,
pero el ave que chillaba
no era un ángel, ni el leopardo
o la angustia o el viento antiguo
con los lamentos del Despedazado y la extraña
fuerza del Mal en Mizraím o el puño
del Rey como la nube
de tormenta amenazando en el horizonte;
cuando pensabas —con ánimo de librarle
de sus hermanos —en el Soñador
vendido en Dotaím y, tras sus huellas,
temías bajo la palmera
el ruido de la noche, el apagado
trote de los forajidos o la fiera acechante
y el rostro, el desconocido rostro, del odio
sobre la inocencia, ¡Oh Exilada!,
¿escuchabas,
te llegaba ya como el viento
que arrecia a la salida de la luna
la oración de tus hijos? Miles de labios,
miles de años, de hombres, miles
de madres y exilios
y temores y noches y la misma extraña

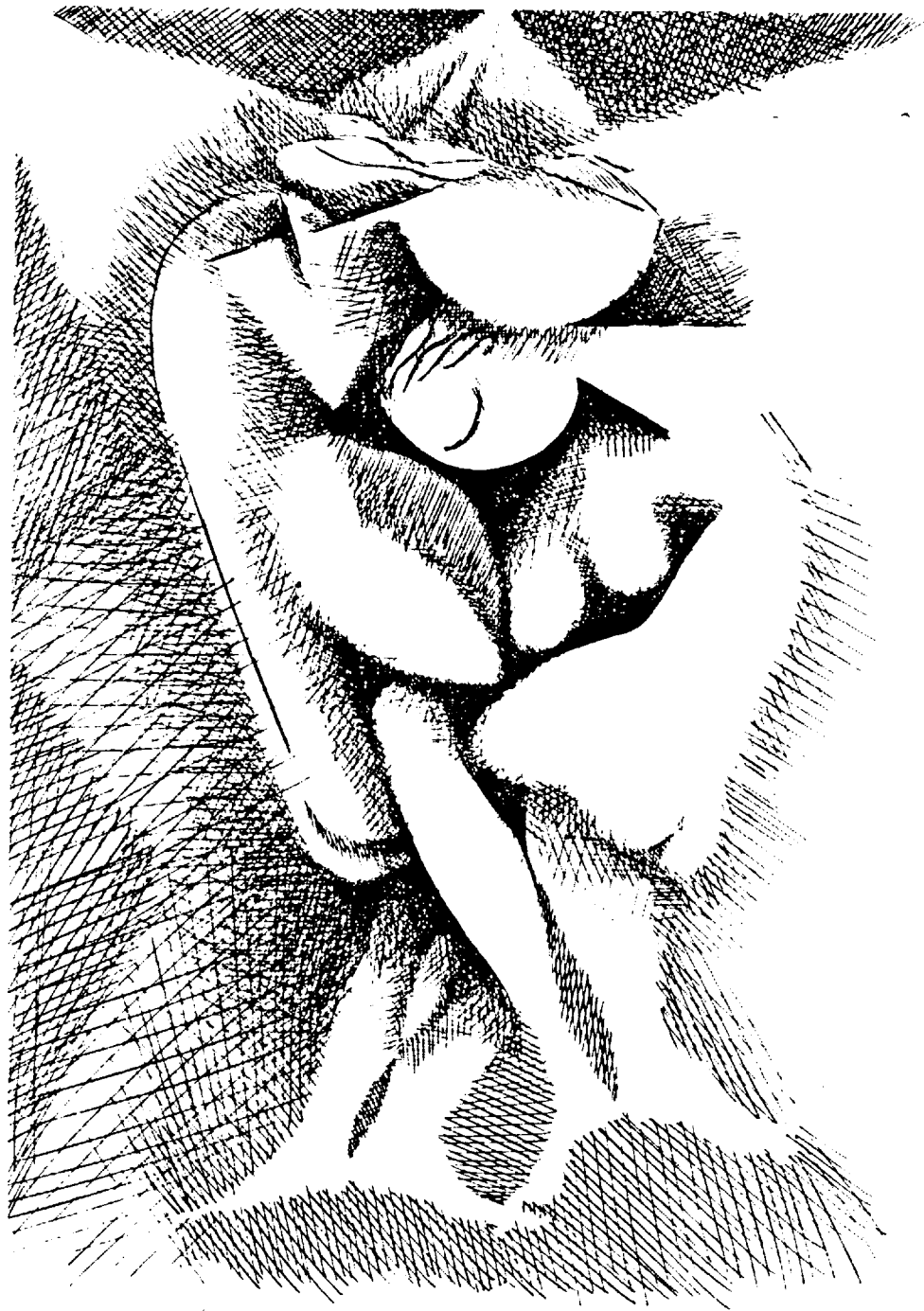


fuerza del mal y el estrellado
cielo, ¿escuchabas el cósmico
murmullo, el peso estelar sobre
tus hombros de madre? ¡Ah!
¿Sentías que ese firmamento era
tu pesado manto
y crecer sobre tus brazos
crecer el infinito
peso de un Dios en exilio?

EL CIRIO

Afuera
—entre las sombras—
oímos los pasos
del Visitante

La hacendosa
y sindical abeja
ofrece la materia
de esta llama:
 luz del pobre.
Arde la miel.
Se enciende
la dulce comunicación.
Nos agrupamos
alrededor de la Palabra.
Oh noche! O vere
beata nox!



NOCTURNO SOBRE EL TALAMO

Las noches nicaragüenses producen extrañas certidumbres en el
[inestable corazón.

Booz, el sembrador, desciende hacia los valles.

Viene desde la Biblia y cruza los blancos
arenales del Camino de Santiago. Es hermoso
su pecho de madurez bucólica. Las noches nicaragüenses
producen extraños trastornos y fascinaciones:
mujeres tímidas encienden repentinamente luciérnagas
en sus pupilas

y de sus senos bajan suspiros al seno de la tierra:
entonces nacen alas a las hormigas y vuelan sus
vuelos nupciales.

La espigadora se reclina en la ventana del Sur.

Largos cabellos negros
mecen los vientos de ébano.

Ya se acerca el amado bajo las alamedas.

“Zacuán papalotl con ya chichina”

(Mariposa amarilla liba la miel)

“¡Xochitl cueponqui!”.

(¡La flor se ha abierto!)

Ruth invoca la luna

y tiende las sábanas blancas sobre el tálamo.

Las noches nicaragüenses producen extrañas fascinaciones y trastornos:

Hombres prácticos, hechos de tosca prosa, fermentan el maíz

y oyen cantar adentro del cereal el gallo del alborozo;

Indios, solemnes como príncipes,

alzan el pie en el aire y giran alrededor de las cadenciosas hembras
como giran los astros y las horas en sus musicales órbitas.



En las noches nicaragüenses muchachas en edad de pájaros inician sus
[primeros vuelos

y caen con el pecho atravesado por dardos y poemas,
no en la tierra, sino en el profundo azul del país de los ángeles.

Esta noche Booz tiene el cielo entre sus brazos.

El cielo y su bullicioso

enjambre de constelaciones. La rojiza
mirada de Aldebarán Yohualtecútlī, ardiente
en el lecho como la hembra del leopardo.

La celeste pupila de Citlalmina
(la que dispara flechas de reojo).

O el lacrimoso

diamante de Venus Hueicītlalli, la dulce
alcahueta de las reconciliaciones.

El sembrador ha mirado en los insondables ojos de mi raza
la primera noche del mundo ¡oh noche de Tuxtla!

¡Lluviosa noche de Copán! Ha mirado el centelleante
ojo de Iztac Mixcoatl, la serpiente que cruza el cielo negro
ovando los sueños de los hombres.

— ¡Amada! —dice el poeta— repose en mi pecho tu noche de párpados
[oscuros!

— ¡Amado! —dice ella— afuera oigo gemir el viento tendido y conyugal.

. . . En el plenilunio los navegantes volvieron sus ojos
y vieron en los dominios de la luna
el tálamo de los amantes.

Iban y venían ángeles ígneos
portadores de miel.

Iban y venían.



SALMO DE LA NOCHE OSCURA

La noche es antigua y reservada.

Angeles oscuros la custodian apagando la comunión de las palabras.
¿Dónde encontraré respuesta — ¡Oh soledad!— para el grito del
[abandonado?

Herido voy, Señor, entre tus viñas invisibles.

Como un ciego percibo el oscuro murmullo de tus trigales.

La noche es el velo de tu Gloria y voy cruzando su cautiverio.

¿Quién es ese ángel que ahora tañe mi sangre con su mano lenta?

Yo caminaba por una tierra casi dichosa

Tú me habías dicho que valía más que un gran número de pájaros

Y había amado la Tierra y adquirido el nombre de sus cosas.

Pero has derribado mi carne sobre la roca

¡Ese potro que huye siente el espanto todavía

Y aquellos que me acompañaban me miraron con tristeza y ya
[partieron!

Este es el final de los que han seguido tu camino

¡Ay! ¿Porqué se engañan los amantes y aún perduran?

Me has arrojado de mi deleite para sumergirme en una sed que nada
[sacia.

Creí poder confiar en la mano que me tendías

Y colocaste mi mano donde ha sido para siempre traspasada!

Si permanecieras conmigo yo me alimentaría de tu presencia

Pero me has abandonado en el lugar de tu suplicio

Y solo quieres que perciba la oscuridad de mi pecado.

¡Difícil es amar según tus condiciones!.

¡Dura es la tierra cuando tú colocas esta espada implacable en sus
[portales!

Mira cómo regreso —sólo entre tanto olvido!— de conocer al hombre,



Con el costado abierto, manando crepúsculos que enrojecen mi
[vestidura.

En vano recorro los muros de tu silencio como un mendigo invernal!

¡He arrojado mis gritos contra los ángeles nocturnos!

¡Como un ciego he golpeado con los puños la oscuridad de tu
[santuario!

No pido que cese este camino cuya distancia he perdido con mi sangre.

¡Pido una noche menos honda para estos ojos sin apoyo!!





LA NOCHE O EL APOCALIPSIS

I

La Ciudad

"Y gritaron al ver el bumo de su incendio. . ."

(Apor., XVIII-18)

**Juicio o crepúsculo, tu sangre
envenena el mar.**

¡Sube tu lenta humareda,
oh noche, y tanto corazón,
tanta eficacia

y las cosas
dulcemente infinitas que se queman!
Civilizaciones que dan un día
al gran fuego.

Y una rosa
que solamente basta.

...;Sube tu lenta humareda,
oh noche!



II

EL JINETE

*"Porque el poder de los caballos
está en la boca. . ."*

(Apoc., IX-19).

Bajé del potro arcaico ennegrecido por el incendio.
El viento endurecía sus crines
tempestuosas
como ramos coléricos de serpientes.

(¡Grandes gritos manchaban de buitres
el muro lunar donde el océano batía!)

. . . Yo también había sido jinete,
había embestido contra los nombres
señalados por la sangre!

Yo también derramé cálices amargos
y existen huellas en labios vírgenes dolorosamente indelebles
donde el Jinete encendió su resplandor y luego partió bajo la noche. . .



III

EL AMANTE

"Y no tienen reposo. . ."

(Apoc., XIV-2).

En los bancos de la noche
la escolar multitud de los amantes
universal y silenciosa. . .

Como maestros ciegos
los cavilosos astros interrogan a los hombres
y sonríen antiguos
a la apasionada repetición.

(¡Oh
el infinito rumor
de manos
dibujando mujeres en la noche!)

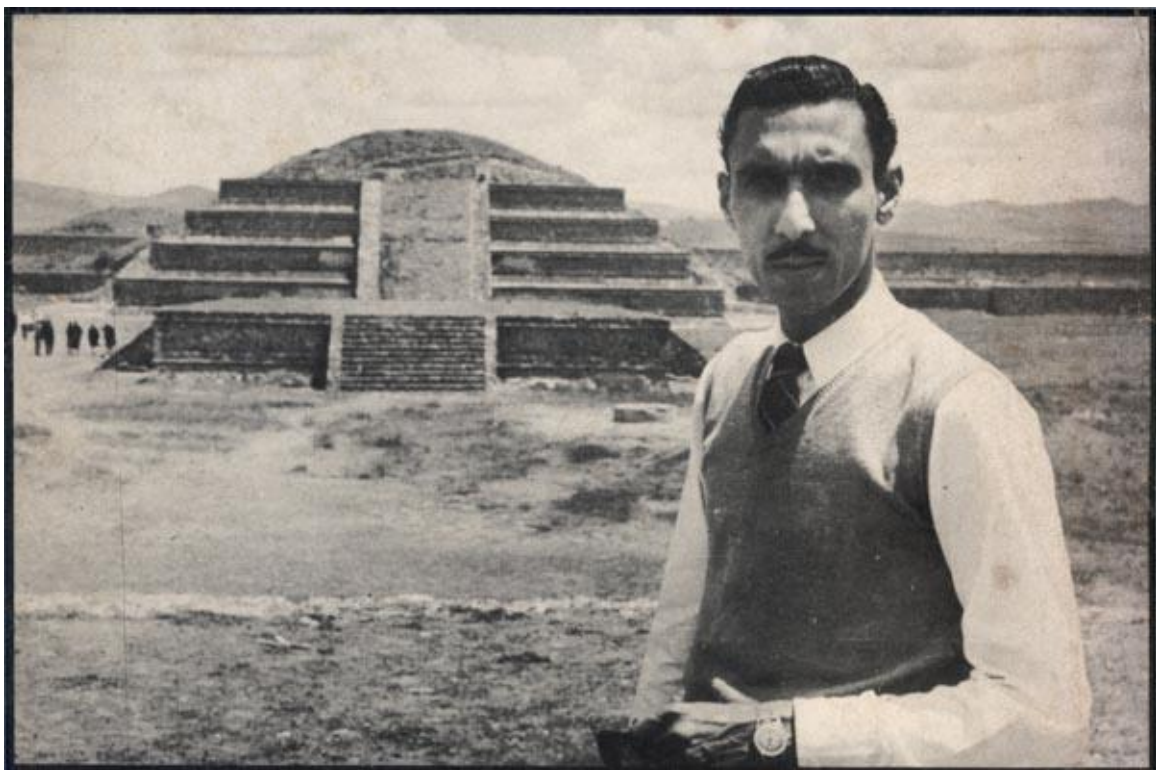
. . . Pero pasarán la esponja
sobre la fría saciedad del alba
porque todo lo perecedero estaba escrito!

**Este libro se terminó de imprimir
en los Talleres Gráficos de
TREJOS HNOS. SUCS., S.A.
San José, Costa Rica**



Pablo Antonio Cuadra a los 21 años en Montevideo, 1933.

*“Pablo Antonio: una tierra que ha llegado a pensar,
a pensar por sí, para decir todo lo que lleva dentro
(. . .) para decir siempre(. . .) cómo nació esa tierra honda
que es él, de la que él nació y que de él ha nacido.”* Angel Martínez



Pablo Antonio Cuadra en Teotihuacán, México, 1947.

Libro Libre publica en esta colección el corpus completo de la obra poética del nicaragüense Pablo Antonio Cuadra, porque es fundamento y cúspide de la cultura centro-americana contemporánea. La edición ha sido revisada y autorizada por el autor.

Este segundo volumen continúa cronológicamente lo ya iniciado en el primero, y contiene los siguientes libros poéticos. *Cuaderno del Sur* (1935) es un libro de poemas viajeros, fruto del primer viaje del poeta a América del Sur. *Canto Temporal* (1943) sobresale por su hondura humana, “es biografía sangrante”, fruto de la destrucción de un mundo (segunda guerra mundial) y el reencuentro de Cristo. *Libro de Horas* (1946–1954) fusiona bellamente el espíritu y la forma de los libros de horas medievales con la poesía y los cantos de códices indios precolombinos.